



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Señores. D^{ns}. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

PRECIOS DE SUSCRICION.

AÑO 1. En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs. Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un año 66 rs.

ADMINISTRACION:
Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 6 Marzo 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses 42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultramar un año 120 rs. — Un número suelto 2 rs. NÚM. 15.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores. — Recuerdos de L' Aricia: (Fragmentos de un viaje á Italia), por D. Antonio Canovas del Castillo. — La lengua, por D. Eduardo Serrano Fatigati. — Un capítulo de un viaje: Poblet, por D. Vicente Boix. — El hidalgo Gabriel Tellez, por D. Federico Sawa. — El Ciego de los Valles: Novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz, (continuacion). — Un sueño, (poesia) por D. José Luis Alfonso. — Saudade: (Traduccion de Coelho Lousada), (poesia) por D. Rafael Ferrer y Bigné. — El perro y el niño: Abnegacion y fidelidad.

Láminas. Sala capitular del monasterio de Poblet. — Grupo de negras del golfo de Guinea, isla de Corcica: (Copiado de una fotografia). — Abnegacion. — Fidelidad.

REVISTA DE LA SEMANA.



amás hemos encontrado mas dificultad en contener la imaginacion dentro de un determinado círculo de acontecimientos, que en la presente época. No existe límite para ella; con la misma facilidad profundiza el Océano para sondear sus abismos y analizar la oscura vegetacion que florece en su seno, que se remonta á los al-

cázares del cielo, sin miedo á los rayos que despide el sol sobre la inmensidad de la esfera.

Triste al parecer se nos presenta el porvenir, cuando recordamos existe una encarnizada lucha en remotos países; pero esto, sin embargo, no nos priva de ver tambien un iris de bonanza que indefectiblemente puede engrandecerse, si como es de esperar encuentra un dique el caos en que están envueltas algunas naciones.

La Europa está fascinada con el espectáculo de las cosas grandes.

Dios haga que los vaticinios de algunos hombres no lleguen á cumplirse y logremos ver terminadas las guerras que hoy tienen lacerados miles de corazones.

La Francia muestra simpatías por Dinamarca y trata de evitar las consecuencias de la lucha comenzada en las orillas del Eyder; pero al propio tiempo encuentra obstáculos para oponerse á que los ducados se hagan independientes.

La mano de la Providencia ha hecho que se suspendan las operaciones de los ejércitos que ocupan el teatro de la guerra, cubriendo primero aquel territorio de una gran capa de nieve, y convirtiendo despues en pantanos cenagosos todos los terrenos, razon por la cual se ven privados de activar los trabajos del sitio de Duppel.

La condicion indisputable del progreso es sabido que es la libertad, y conociendo esto el emperador de Marruecos, ha dado un paso en su camino declarando por un firmán de 5 de Febrero la igualdad ante la ley de los israelitas, guardando las mismas considera-

ciones á todos los individuos de la raza hebrea que á los demás vasallos marroquíes que profesan la ley del Corán.

En los Estados-Unidos y en Méjico continúan las hostilidades, y en Venecia han de estar preparados el 15 de Marzo para entrar en campaña 160,000 hombres de todas armas.

En medio de las tinieblas que nos circundan vemos una nacion que parece brilla, y esa es la nuestra.

En Santo Domingo, el desaliento toma grandes proporciones en los insurrectos y está en progreso la causa española.

En la Península despues de un corto periodo en que la situacion del gobierno parecia velada en un oscuro porvenir, ha vuelto á ponerse en claro, no quedándose á los ilusos decepcion alguna con que engañarse ni á los mal pensados, arbitrio para engañar.

La situacion, como hemos dicho, es clara y el nuevo gabinete presidido por D. Alejandro Mon, dará la luz necesaria para no desatinar plenamente en medio del terrible torbellino de sucesos que nos rodean.

El orden de cosas inalterable, y en todas las provincias reina la mas completa calma y el mas vivo deseo de engolfarse en las dichas terrenales que proporciona el mundo.

En Madrid sigue acudiendo gente á saborear el placer de las emociones escénicas que proporciona *Venganza Catalana*.

En el Circo se ensayan dos nuevas producciones tituladas *Una obra de Caridad* y *Dos iniciales*, y muy pronto se pondrá en escena un drama de nuestro apreciable amigo D. Enrique Gaspar que lleva por título *La sensitiva*.

En el bello y aristocrático Liceo Piquer, se ejecutó la noche del martes la preciosa comedia *El hombre de mundo*, distinguiéndose, según nos dicen, nuestra colaboradora la bella y simpática señorita Doña Joaquina Balmaseda, y el Sr. D. Ricardo de la Vega, hijo del ilustre autor de la misma.

La sociedad artístico-musical ha dado el primero de sus conciertos en el salón del Conservatorio de Madrid, teniendo un éxito brillante.

En nuestra bella ciudad sigue recibiendo la *Señorita Moro* las mas justas simpatías del público que acude al Coliseo de la calle de las Barcas; siendo esperada con impaciencia la compañía de declamación para ver puesta en escena la obra del eminente poeta García Gutiérrez.

Entre nosotros se encuentra el joven compositor español D. Avelino Aguirre, el que ha tenido la galantería de invitar á muchos de sus amigos con el objeto de que conociesen algunos de los bellísimos trozos de la nueva ópera *Gli amanti di Teruel*.

En efecto, el jueves se efectuó la reunión en casa del Sr. D. Salvador Giner, mereciendo el Sr. Aguirre las mas justas alabanzas por parte no solo de la concurrencia sino de muchas de las personas entendidas que se encontraban en el mismo sitio.

Sentiríamos no oír en nuestro teatro Principal esta nueva partitura digna de que sea conocida del público.

Le damos la mas completa enhorabuena á su joven autor.

GERÓNIMO FLORES.

RECUERDOS DE L'ARICIA.

(Fragmento de un viage á Italia.)

I.

Apartad vuestra memoria de Italia, oh mis lectores, si no sentís el amor de lo antiguo. No arribeis nunca á sus playas bonancibles, no contempleis jamás las obras insignes de sus hijos, no leáis siquiera un libro escrito por quien haya meditado á la sombra de sus arboledas y de sus ruinas. Nada hay para vosotros en Italia, en sus campos, en sus monumentos, en sus historias. Dejad, dejad á Italia.

Pero si amais lo antiguo con filiales amores; si habeis soñado en vuestra infancia con las encinas sagradas del Lacio y con los álamos fabulosos del Pó; si habeis aprendido á compadecer á Lesbia desolada cuando lloraba la muerte del ave deliciosa que inspiraba celos á Catullo, y habeis oído con Virgilio gemir indignado en las sombras aquel virginal espíritu de Camilla, que murió de flecha trojana defendiendo el suelo ya codiciado de su patria; si son capaces vuestros ojos de seguir en los mármoles penthélícos las líneas impalpables del Antinóo de Villa-Albani ó de la Venus Capitolina; si al visitar alguna vez las esparcidas piedras de los teatros paganos habeis echado de menos el lamento de Fedra mal enamorada y los celos no bien fundados de Amphitruo, entonces id á Italia, ó recoged al menos sus memorias, que ellas pueden producir deleite aun transcritas por peregrinos autores, y en baja lengua salpicada de bárbaros sonidos.

Ni es menester para que se goce la fantasía en la contemplación de estas cosas pasadas que Roma aparezca á los ojos con la inmensa pesadumbre de sus monumentos y de sus historias. Abandonemos por un momento las colosales reliquias de aquellos huertos salustianos que un día asolaron nuestros padres guiados por el instinto fatal de Alarico; el pórtico del Pantheon, las galerías del Amphiteatro Flavio, arcos, monolithos, puentes, pa-

lacios y cloacas, cuánto queda de la ciudad que ha reconcentrado en sí por dos veces la vida moral del género humano. Salgamos de Roma por una de sus puertas, aquella por ejemplo que se abrió al paso de las hordas implacables de Totila: la via Appia está allí todavía, y por entre sus largas hileras de sepulcros nos puede conducir á los montes azules que limitan por la parte del Sur la campaña romana; salgamos, y antes de muchas millas habremos perdido aun la huella de las grandezas del pueblo esclavo y rey, que llena con su solo nombre algunos períodos históricos. No tardaremos en hallar lugares de humilde nombre, la Aricia sin ir mas lejos, donde dar reposo al ánimo harto por ventura de inmensidad y de asombros en la metrópoli.

Allí en la *Valle Aricia* ó aricina, situada á ciento veinte estadios de Roma, al pié de altas colinas estribos de los montes latinos, en el lecho de un lago ya exhausto os puede perseguir todavía la Roma moderna, no olvidada aun en sus fábricas de la grandeza antigua: podeis ver los montes enlazados unos á otros por viaductos colosales de piedra amarillenta que matizan aquí y allá la verde alfombra que forman los bosques de haya y castaño: ó bien contemplar algun castillo feudal entregado há siglos al furor de las tormentas y envuelto ya para morir en su sudario de yedra; ó descubrir en fin las *villas* alegres de Albano y las casitas blancas de la Aricia nueva, suavemente recostadas en las cumbreras vecinas. Pero no es allí donde yo pretendo que fijemos al presente la memoria, no es allí sino en las ruinas de la antigua Aricia.

El peregrino que hoy pretendiera alojarse en esta antigua Aricia no hallaría de seguro el *hospitio modico* que Horacio, cuando cruzaba allí el camino de Roma á Brindis, con la esperanza de encontrar á Virgilio y á Mecenas, y de asistir á la reconciliación de los caudillos que podrian haber evitado al mundo la gran tragedia de Actium.

Algun sepulcro gigantesco sombreado por las encinas seculares de la via Appia que allí corre desigual y sinuosa, menos pesada para los tardos que para los presurosos, según la espresión del poeta, y tal cual sillar de piedra volcánica, de aquellos que rodando de los sepulcros destruidos, vinieron á angostar el ámbito de la via, en no poca parte desmenuzada y deshecha, indican solo en el camino viejo de Aricia la vecindad de una ciudad antigua. Luego á los piés de la roca, celebrada de Strabon por su fortaleza, se levantan de una parte gruesos murallones, destinados á impedir que se desplome en el llano, y se abren de otra parte cuevas profundas de donde sacaron tal vez los aricinos piadosos el material de sus templos; y gracias si en las tapias de una casa de labor se distinguen todavía hileras sobrepuestas de antiguos sillares, que señalan al humilde edificio mas nobles principios; gracias si algun arco aislado y á medio esconder en los cañaverales conserva el recuerdo de los acueductos que debieran conducir el agua de los montes á una ciudad latina, famosa ya cuando el vuelo de los buitres designó á Roma el fundador de su imperio.

En lo alto de la roca se levantan todavía algunas almenas y las torrecillas de un templo: pero las almenas no son ya aquellas que embotaron la lanza del hijo de Porsena, cuya tumba domina aun con sus agujas cónicas los árboles de la selva cercana, y el templo no es tampoco el de Diana Aricina, rival un día de aquel famoso, fundado por el vengativo Orestes en medio de los bosques que aun circundan á la moderna Nemi, sobre el lago que llamaron los antiguos *espejo* de la Diosa nocturna. Misterioso palacio feudal, modesto templo cristiano, humilde aldea, famosa no mas que por la belleza intacta de los campos aricinos, montones de sillares medio ocultos en

las arboledas, han reemplazado en la roca y el llano á la ciudad destruida.

Viven sin embargo aquellos lugares embellecidos por las mas dulces de las tradiciones, y las mas grandes de las historias. Viven y en ellos vive la Aricia, como el Hércules despedazado de Belvedere, como las mutiladas Parcas del Parthenon, como la gloria de Sócrates y de Orfeo; en los exiguos restos de su belleza clásica, en las memorias que despierta en el alma cada una de sus piedras, cada una de sus colinas, sus fuentes, sus prados, la naturaleza entera que la rodea.—Podeis, por ejemplo, con apartaros algunos pasos de la Aricia, dormir á la sombra de la selva donde celebraban sus juntas los pueblos latinos, famosa no menos que misteriosa y oscura, y de aquellos peñascos gigantes y casi suspensos en el aire, por donde se abre paso el agua que, con el propio nombre de la selva, llamaron los antiguos Ferentina; ó bien contemplar desde el sepulcro de Pompeyo la campaña de Roma interrumpida de vez en cuando por las aguas del Tiber, desde lejos relucientes, y por las ondulaciones suaves de sus colinas de arena volcánica, dominadas por los obeliscos de la metrópoli, que con el mar á Poniente, y á Levante los montes sabinos y las nieves apeninas, viene á cerrar de todas partes el llano.—Podeis tambien sentaros en los escombros que quedan de la patria infeliz de los Curciacos, y seguir desde allí los surcos de la barca pescadora en las téntricas aguas del lago Albano, ó esperar las nieblas que suben todos los días á coronar los bordes de su taza verdinegra, como si humeasen aun en el fondo el volcan estinguido.—Y si por ventura anhelaís mas dulces impresiones, poco teneis que alejaros del lago para discurrir por bosquecillos de boj y laureles, ó recorrer verdes montañas salpicadas de violetas silvestres, desde donde se alcanza á ver el mar tranquilo y azul que trajo á Laurentum las naves de Eneas, y el promontorio de Circe, solitario en medio de las aguas, desde que no se levanta sobre las copas de sus encinas siempre verdes, el humo de los palacios de la hija del Sol, pérfida huésped y amorosa amiga en cuyo lecho maravilloso se olvidó por un año cumplido el sábio Ulises de su Itaca apetecida.

Camila y Eneas, Circe, Diana y el Sol, héroes, magas, diosas y dioses, esos son aun los habitantes de la antigua Aricia y de sus clásicas campiñas. Inútilmente el viajero invoca en las ciudades destruidas, creencias diversas de aquellas que las alimentaron al nacer y las acompañaron á la tumba. Los campos de la Aricia son idólatras todavía: los que alcanzan á gustar del sentimiento inefable que ellos inspiran, idólatras han de ser por un momento tambien. Y ¡ay! ¡ojalá que desde lo alto de las colinas albanas hubierais visto morir al sol en las bocas del Tiber, y colorear con sus últimos resplandores el *agro romano*, ó que, internándoos tras de mí en la selva Aricina hubierais podido asistir á un lleno de luna en los lagos latinos! No desdeñaríais tanto los misterios de aquella religion vencida.

Tal vez entonces habríais sospechado como yo que las hojas de los castaños no eran agitadas siempre del viento, sino movidas mas bien por los Faunos fujitivos; habríais tal vez imaginado que en los lechos de las fuentes se reflejaban purísimos contornos de ninfas ocultas; y al ver desde la torre solitaria de Nemi como se estiende la luna por aquellos lugares sagrados, meciéndose primero en las puntas de los riscos y en las copas de los pinos flotantes, besando despues la orilla del lago, reclinando por último en su seno azul la faz resplandeciente, hubierais prestado algun crédito á los amores de la diosa con el cazador dormido, y habríais maldecido como he maldecido yo mismo al scita destructor de sus templos.

Como Tisbe en el moral teñido con la sangre de su precipitado amante; como Dafne en el tronco del laurel sensible todavía al tacto de Apolo; como la última de las Nióbides con los cabellos esparcidos sobre el lecho de sus hermanos sangrientos, bajo la túnica de su madre desolada, así duerme la Aricia el sueño de la muerte. Parece una de las vírgenes blancas destinadas á coronar los antiguos sepulcros: eternamente serenas y eternamente hermosas, dejando entrever contornos de belleza ideal, al través de sus mantos de piedra.

¿Cuántas de nuestras modernas ciudades resplandecientes de gas y ricas en decoraciones pintadas, podrán escitar en lo futuro los dulces y melancólicos recuerdos que traen al ánimo mas indiferente las pocas ruinas que quedan de la modesta Aricia? Crece el género humano: se empuenecen sin duda las naciones, las ciudades, los individuos. Esta es la historia de ayer y de hoy.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

LA LENGUA.

Los anatómicos y fisiólogos, al describir esta parte de nuestro individuo, empiezan por llamarla *órgano*.

Y en verdad que es el *órgano* por excelencia, si se atiende á las escalas que recorre, á los variadísimos sonidos que dan sus innumerables registros, y á los terribles efectos que suelen producir sus *desafinaciones*.

Llámanla vulgarmente, *la sin hueso*, y quizá sea esta la razón de su perpétua enemistad con los huesos, puesto que es casi siempre la causa de que á muchos se los rompan.

Imitando á muchos de esos hombrecillos en miniatura que vemos por las calles de Madrid, la lengua en todo y por todas partes se mete.

Dá el *regium exequatur* á la comida y á los líquidos que pretenden entrar en nuestro estómago.

Resiste ó facilita á su antojo la comunicación de nuestros pensamientos, y muchas veces entorpeciendo la pronunciación de una palabra de *efecto*, salva á un ministerio ó mancha la reputación oratoria de un nuevo *Demóstenes*.

Y sin variar de forma, ni esencia, limpia ó ensucia alternativamente, sin mirar si está sucio lo que limpia, ni limpio lo que ensucia!

La lengua, que algunos pintan como súbita sumisa de la inteligencia, obrando por su propia cuenta, ha producido en el mundo mas *embolismos* quizá que su señora, y eso que ésta.... déjelo V. estar.

Si los hombres fueran mudos ¿qué serían los gobiernos constitucionales.

¿Si las mugeres fueran mudas! ¡qué serían tan inofensivos! Porque así como el pez muere por la boca, la muger siempre ha pecado por la lengua.

Y á pesar de todo ¿qué lenguas tan graciosas? cuando una morena andaluza, en una hermosa noche de verano, detrás de una reja incitante, os dice.... os dice....

Me callo, porque recuerdo que podrá este artículo caer en manos de alguna de las muchachas aludidas, y no está bien que yo vaya á decir en público lo que ella dice en secreto.

Es preciso confesar que la lengua no sería muchas veces nada sin las manos; por eso, concedida la primera, debieron suprimirse las segundas, para que no hubiera dos métodos de insultarse: *el andalúz* y *el aragonés*.

Un fenómeno muy notable se observa entre la protagonista de nuestro artículo y la palabra escrita.

Siendo ambas hermanas; siendo ambas servidoras de la inteligencia; y sus manifestaciones mas genuinas, son por lo comun ene-

migas irreconciliables y perpétuas pesadillas una de otra.

Y en efecto, observadlo bien.

Un discurso muy bien dicho, suele ser un discurso muy mal hecho.

Unos lábios que se mueven con facilidad, pueden ocultar una inteligencia que se mueva con torpeza.

Una frase que entusiasma, en el mismo momento en que se pronuncia, suele dar muchos dolores de cabeza á su autor, cuando se conserva sobre un pedazo de papel, gracias á Gutenberg.

La lengua es otras veces altamente humanitaria.

Por ejemplo.

Cuando basta, sin recurrir á las lágrimas, para que la muger disipe la ira de un marido celoso.

Cuando por medio de cuatro frases, que á nada comprometen, saca á un ministro ileso de un combate parlamentario.

Cuando se mueve en la boca de una hermosa muchacha, para dar una cita á su novio.

Cuando nos anuncia *la paz*, por boca del emperador de los franceses, especialmente si entramos en invierno.

Y sobre todo, cuando no está en movimiento, porque en boca cerrada no entran moscas.

Pero soy franco; á todas esas lenguas, prefiero la de ternera cuando está bien guisada, y tengo una regular dosis de apetito, ó si se quiere de hambre.

Siendo tan grande el número de los hombres célebres por su lengua, yo propondría (si me atreviese) que se formase un panteón de lenguas notables.

Este proyecto quizá tenga la ventaja de ser bastante limpio y poco costoso.

Y como acontece á varias celebridades, que lo son ya tanto en vida, como lo serán después de su muerte, algunos tendrían la ventaja de que se colocase su lengua en el panteón, antes de haberse muerto.

Porque la nunca bien ponderada sin hueso, obedece á muchos resortes secretos.

Ó lo que es lo mismo; para hacer enmudecer al hombre mas locuaz ¡hay tantos medios!

Citaré muy pocos, porque la materia está dada de saliva y se escurre con facilidad.

Pero no debo callar los siguientes:

Un par de pistolas.

Una cinta ancha y larga de varios colores, que cruce el pecho.

Unos cuantos retratos de reyes, en bajo relieve, sobre círculos de metales nobles.

La perspectiva de una suegra.

¿Y cuántas veces otra lengua!

Esto me hace pensar que la homeopatía es al menos una verdad *linguística*.

He creído siempre que para ser los habitantes de Madrid mas felices de lo que son, sería preciso que algunas docenas de lenguas humanas se convirtiesen en las de ciertos animales que no me atrevo á nombrar.

Considerada la lengua como idioma, y viniendo á parar por consiguiente á nuestra riquísima *lengua*, debemos convenir en que la tan cacareada riqueza de la hermosa fabla castellana, nos ha hecho cargar:

Con los diccionarios de la lengua que es una carga regular.

Con las academias de la idem, que (mejorando lo presente) suelen no tenerla.

Con las nauseabundas reglas retóricas, acerca de la *pureza* inmaculada del idioma.

Y hasta si se quiere con la H y la B y la V que son la perpétua mortificación de los memorialistas de esta M. H. Villa.

Decía la magestad de Carlos I que por su *magestad* era el habla castellana la mas propia para dirigirse á Dios, y dar bella forma á los mas grandes pensamientos.

Bien se echa de ver que el buen empera-

dor, no oyó jamás discurrir á nuestras prudentes verduleras, pues de otro modo se hubiera convencido de que nuestra lengua es tambien muy á propósito para hacer entrar en acción á los puños, y demás argumentos *de mano maestra*.

La lengua ha tenido siempre enemigos irreconciliables para quien su movimiento era una perpétua amenaza.

En vez de multiplicar los ejemplos me contentaré con citar la Inquisición, con su auxilio se hubiera podido á poca costa arreglar una Europa *muda*.

Y á propósito: dicen que el hombre es egoísta y yo creo que en gran parte la culpa de este defecto debía echarse á la naturaleza.

¿Qué significa sino, la amalgama, tan frecuente por desgracia, del mutismo y la sordera?

Que para no dar lugar al cumplimiento de la frase vulgar «si no habla rebienta;» el mudo ya que no pone su lengua en acción no quiere escuchar á los demás.

Si es cierto que cada sentido se perfecciona á espensas de los otros; los sordo-mudos deben ser muy *tentadores*.

Se recomiendan además al gobierno para *vistas*.

Los lábios son á la lengua lo que el puente levadizo á una fortaleza.

Pero con la diferencia de que la fortaleza cuando levanta el puente levadizo indica que no quiere recibir á nadie, y la lengua cuando se encierra en su húmedo palacio, está muchas veces diciendo.... llamada y tropa.

Esto me recuerda la dulzura de *pelar la pava*.

¡Feliz Andalucía que ha inventado frase tan graciosa como sus morenas!

Y mirando al mapa, ved si podeis disputar á Cádiz el ser la lengua de España.

Y lengua que debe tener *mucha sal*, por estar siempre lamiendo al mar.

Y sin embargo tratando de lenguas no se por qué pienso instintivamente en Valencia.

¿Encuentro tanta gracia en un *¿em bols fill meu?*

Quisiera seguir analizando el asunto, pero me callo porque al recordar esa frase, parece que ha entrado en mi habitación el airecillo perfumado de la arabesca ciudad donde he pasado años tan felices, y me ha inspirado esa poética pereza que no encuentra cosa mas deliciosa que el papel blanco, y no se atreve á ensuciarlo con palabras que harían formar mal juicio de nuestra lengua.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

UN CAPITULO DE UN VIAGE.

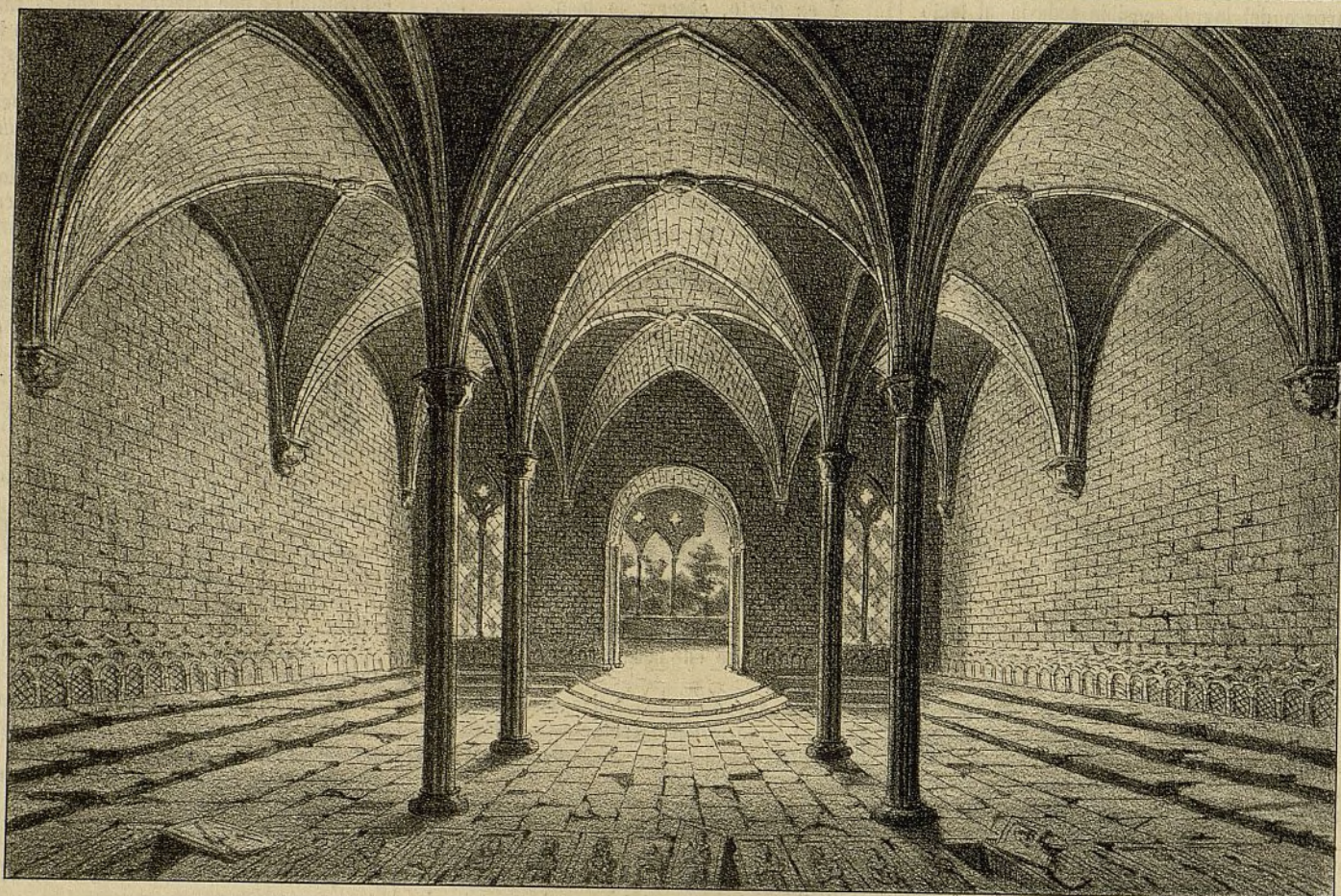
POBLET.

III.

No habiendo podido investigar por mí mismo los nombres de los ilustres personajes, que yacían en aquellas tumbas reales, me ha sido preciso consultar la memoria publicada por D. Andrés de Bofarull y Brocá, cuyas noticias me sirvieron de mucho.

En el recinto de aquel magnífico panteón habia enterrados ocho reyes y nueve reinas, dos principes, diez infantes, cinco infantas, veinte y dos condes y duques, doce condesas y duquesas, todos de estirpe régia; un arzobispo, cuatro obispos, veinte y siete varones ó señores feudales, mas de veinte memorables guerreros con pages, cancilleres, maestros y embajadores; parte de cuyos restos pudo salvar y depositar en la bóveda de su iglesia D. Antonio Serret, cura de la Espluga de Francolí.

Hé aquí una corte brillante, que jamás tuvo rey alguno; y que formaban el acostamiento de la muerte. Los monges debían estar justamente orgullosos con el grande y ri-



LIT. V. ALEGRE

SALA CAPITULAR DEL MONASTERIO DE POBLET.

co depósito, que tenían á su cuidado, porque cada uno de aquellos sepulcros encerraba la historia toda de Aragón.

Clasificaré la morada última de estos personajes, dividiéndolos en secciones, segun la localidad que ocupaban.

En el Pórtico. Aurembiax de Moncada, primera esposa de Ponce de Cabrera, conde de Urgel, depositada en 1239.

María de Moncada, primera esposa de Pedro de Aragón, nieto de Alonso IV.

Gerardo de Grañena, señor de Senant y del castillo de Milmanda, y su consorte Catalina.

Jaime Zarroca, obispo de Huesca, canceller de D. Jaime I de Aragón y privado de Alonso III.

Berenguer de Puigvert, señor de Punafeta, Belcaire, Moutsuar, Figuerola, Miramar, Montornes, Puigvert, Barrella y otros lugares, su esposa y dos hijos.

Una modesta lápida cubria los restos de un personaje que se titulaba Felipe de Warhon, marqués de Malbursi, y de Cacharloch, conde de Rathafnum, vizconde de Wichindon, baron de Trim y caballero de la órden de Jarretiera, sepultado en 1731.

Hugo de Anglesola, señor de Miralcamp.

Ramon de Cervera, señor de Juneda y otros lugares, y Guillem de Cervera, apellidado el Craso. Ramon Pons de Ribelles, primer señor de Pons. Gerardo de Jorba, señor de Jorba, Montmaneu, Odena; Rubinat y otros lugares, y su esposa Saurina. Bernardo de Alañá apellidado el Franco y el Dadivoso, con su muger y sus hijos, y Guillem de Alcaráz, conquistador del castillo de este nombre.

Naves y Crucero. En la segunda capilla de la derecha Ponce de Cabrera, vizconde de Ager, muerto en 1177.

Ponce de Cabrera, conde de Urgel, en 1243, y su esposa María, hija del conde de Prades en 1253.

En la quinta capilla el panteon del cardenal Berenguer de Anglesola, de Bernardo de Anglesola, señor de Miralcamp, y su esposa Constanza, y su hijo Hugo.

En la siguiente capilla la familia de Mur, descendiente de Alonso el Casto.

Junto á esta capilla se mostraba, á través de una rejilla dorada, la caja que contenia los restos de Fray Pedro Marginet.

Á la izquierda de la gran nave, cuya pared dá al claustro y en una capilla, Francisco Dorda, abad de Poblet, electo obispo de Potenza, en Nápoles, y despues de Solsona.

Á la derecha del crucero y en la capilla de San Benito aun se contempla un sepulcro de piedra comun, sin adornos, con una estatua tendida de un caballero de agigantada estatura, cubierto de todas armas, y allí yacia Rodrigo de Rebolledo, tronco de la casa de Ariza, baron de Monclús, señor de veinte y cuatro lugares en Aragón y Castilla, camarero de Juan II de Aragón, á quien salvó la vida en la batalla de Gaeta, cayendo prisionero por el rey, así como perdió tambien la libertad por defender á Fernando, despues llamado el rey Católico.

En la misma capilla existia una urna, que contenia los restos de Nicolás de Castelloni, del hábito de San Juan coronel del regimientto de Nápoles, muerto en 1708.

Junto al anterior y en otra urna, Ramon de Siscar, monge y abad de Poblet, despues obispo de Lérida, enterrado en 1247.

En el lado opuesto é izquierda del crucero el panteon de varios príncipes de la casa de Urgel; y allí mismo la urna de Pedro de

Albalat, obispo de Lérida y arzobispo de Tarragona, depositado en 1251.

Debajo del presbiterio, Jaime Giraldi, obispo de Segorbe, despues de Barcelona.... y legado del Papa Calixto III, muerto en 1436. D. Francisco Roures, obispo de Nicópoli y auxiliar del cardenal de Tarragona D. Gerónimo Doria; y D. Edmundo de la Cruz, francés, general de la órden del Cister.

Panteones. Esta magnifica obra fue construida á espensas de Pedro IV de Aragón: es toda de trasparente alabastro de Sarreal. Para penetrar antes en su interior habia en cada uno de ellos una pequeña puerta de bronce dorado, adornada con una corona real, embutida en su centro. El conjunto de estos monumentos fúnebres recibia la luz por medio de los reflejos de pequeños vidrios de colores, que cubrian los calados de sus galerías.

Panteon de la derecha. Se hallaban en él D. Jaime I, el Conquistador; su figura estaba representada por dos estatuas tendidas: una con vestiduras reales y otra con manto monacal y cogulla.

D. Pedro IV y sus esposas Leonor de Portugal y Leonor de Sicilia, que ocupaban el segundo recinto. El rey se figuraba vestido con ornamentos de diácono, empuñando el célebre puñal.

D. Fernando I y dos estatuas, una con armadura completa y otra con vestidura de diácono. En el mismo panteon se depositaron los restos de doce infantes de Aragón, por disposicion de Fernando el Católico.

El infante D. Pedro hijo de Pedro III y de la reina Doña Constanza. La infanta Doña Juana de Ribagorza, nuera de Jaime II y esposa del infante D. Pedro, su hijo.

Cabe estas régias tumbas vinieron á descansar los altos personajes de las casas de

Segorbe y de Cardona; y allí también el rey Don Martín, que se conservaba entero; la reina Doña María, su esposa; Doña Beatriz de Aragón, reina de Hungría, hija de los reyes de Nápoles D. Fernando y Doña Isabel; y el célebre cuanto desgraciado príncipe Carlos de Viana, primogénito de Juan II; el infante D. Pedro, duque de Notho (Sicilia), hijo de Fernando I y Doña Leonor; D. Enrique de Aragón, segundo duque de Segorbe, conocido por el infante Fortun, y su esposa Doña Gíomar de Portugal; y seguidamente una gran porción de los distinguidos personajes de la casa de Cardona.

Panteón de la izquierda. Casi igual en las formas y el gusto que el de la derecha, ostentaba en primer término la tumba de Alonso II, representado en dos estatuas, cubierta una con vestiduras de diácono, coronadas de laurel, y otra con hábito y cogulla.

D. Juan I y sus esposas María de Armañac y Violante.

Doña Juana de Aragón, condesa de Foix, hija de Juan I.

D. Juan II y su segunda esposa Doña Juana.

D. Alonso de Aragón, gran maestre de Calatrava, conde de Ribagorza, y primer duque de Villahermosa, hijo natural de Juan II.

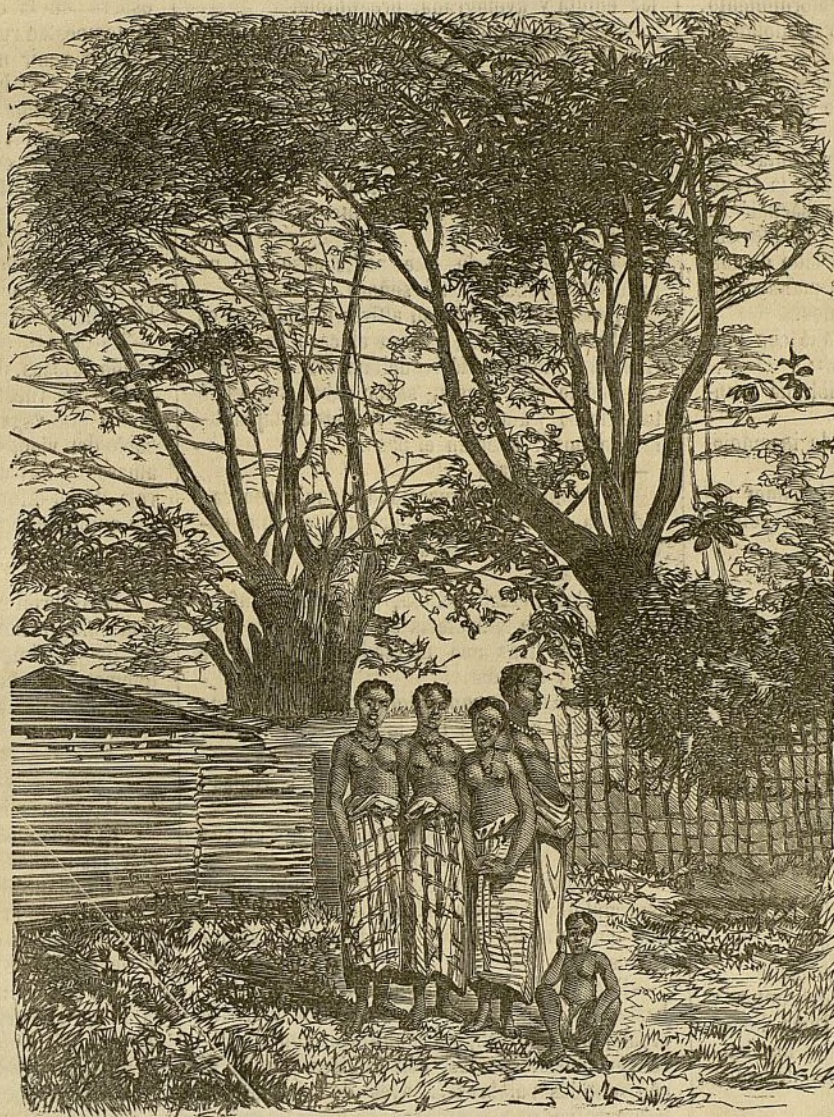
En el mismo recinto se encerraban los restos de varios príncipes de las casas de Segorbe y de Cardona, cuyo largo catálogo excedería los límites de un artículo.

Hoy no es posible determinar la tumba de cada uno: la destrucción ha confundido los bellísimos detalles de aquellas admirables construcciones artísticas, cuya profanación no se lamentará nunca bastante.

Después de haber contemplado por espacio de una hora, tiempo harto breve para su verdadero estudio, abandoné por fin la iglesia, los escombros de los régios panteones, la inmensa sacristía, el brillante trasagrario, abandonado todo, solitario, casi horrible, por su aspecto de desolación.

En seguida penetramos en los claustros, casi mutilados, contruidos en 1415, por orden de Fernando el Católico. Los calados de sus arcos, la ornamentación de sus bóvedas, la elegancia del templete, situado en la luna y que servía de dosel ó cubierta al punto donde se daba la distribución de las aguas para todo el monasterio, son magníficos é imponentes, y hoy presentan un conjunto de obras destrozadas, rotas, esparcidas y disipadas la multitud de urnas cinerarias, que tapizaban sus muros, y en que se encerraban los restos de personas nobles en la historia de Cataluña. Desde el claustro se descubre una de las fachadas del palacio del Rey Don Martín, y aquí mismo se encuentra la suntuosa aula capitular.

Se conserva intacta esta pieza, escepto los bancos y el pavimento, donde se hallan sa-



GRUPO DE NEGRAS DEL GOLFO DE GUINEA, ISLA DE CORISCO.
(Copiado de una fotografía.)

das del sepulcro de Jaime I, era un estenso salón, de elevados arcos ojivos: las lauras eran pequeñas, alumbrados por una ventanilla de piedra, que les daba el aspecto de una cárcel. Otra escalera de piedra, con grandes bóvedas conducía al claustro, ya descrito.

Los monges tenían sus habitaciones fuera del claustro y se hallaban hacinadas detrás de la iglesia, afectando una población cualquiera; y allí estaba el departamento de los dementes y otras oficinas.

Visto el monasterio desde lo alto del cimborio, de donde se descubre un magnífico panorama, parece un pueblo feudal, ceñido de murallas y torreones, y en medio la masa oscura del palacio del rey, la cestería de los claustros, los sólidos mачones de la grande iglesia, que se eleva como una inmensa catedral, y á su alrededor el palacio abacial, los grandes patios, que parecen plazas, y las casas de los monges. El tiempo derrumbará lo que el hombre ha dejado de destruir; su fortuna ha sido aventada, ¡la generación actual pasa, lo ve y sigue adelante llevada por el vapor!

VICENTE BOIX.

cadadas de su asiento varias lápidas ó cubiertas de sepulcros de Abades, cuyas estatuas de relieve ostentan el báculo pastoral.

Su puerta está adornada con un grupo de nueve columnas góticas á cada lado, sosteniendo un sencillito arco semicircular. La sala forma tres naves, apoyadas sobre cuatro delgadas y elevadas columnas octógonas, de cuyos chapiteles se desprenden los arcos hacia su centro, estribando sobre grandes florones calados.

Al lado de la puerta hay dos ventanas, compartidas por una delgada columnita, rematando ambos claros en ojivas, y en su parte superior dos calados rosetones.

En este recinto me parecía que la soledad ofrecía un apaciguamiento, si bien melancólico, mas poético al menos, que el que se percibe en la iglesia. No se ve allí tanto la mano destructora del hombre: las ruinas son mas bien despojo del tiempo.

Del palacio del rey D. Martín no quedan mas que sus muros de piedra, sus ventanas rasgadas, y algunos trozos de escalera. Este rey quería ser sin duda monge, sin olvidarse de su rango.

La biblioteca es un salón de 34 varas de estension, sobre 13 y 1½ de ancho, apoyando su bóveda sobre cuatro columnas. Sus armarios fueron de ébano, y guardados los 600 volúmenes por cristales de Venecia. Todos los códices llevaban el escudo de armas de los duques de Cardona.

El noviciado, que se comunicaba con la iglesia por la escalera que terminaba á espal-

EL HIDALGO GABRIEL TELLEZ.

V.

D. Gabriel se había equivocado.

Sin ver, porque la cólera le cegaba; sin reflexionar, porque estaba loco, y un demente jamás se para á meditar acerca de la magnitud de la empresa que arrostra, en vez de herir á su rival, había dado muerte á un inocente, á un hermano de doña Esperanza; le había acometido al retirarse á su casa, le había atacado bruscamente profiriendo de-nuestos y amenazas, y le había cruzado de una estocada.

En medio de la oscuridad, mal aconsejado por sus celos y su saña, derramó sangre de la sangre de su adorada; sangre que, al saber él tan triste suceso, oscurecía su conciencia con amargos torcedores, con pálidas visiones.

D. Gabriel era muy desdichado, la fatalidad le acompañaba.

Su corazón latía y respiraba con fuerza, como si el húmedo viento de la noche fuera lenitivo eficaz á sus pesares.

Frenético, delirante, riendo á carcajadas, carcajadas histéricas que helaban la sangre y crispaban los cabellos, se separó del lugar de la contienda, y llegó á su casa.

Al verlo el buen Ginés, abrió desmesuradamente los ojos y el terror embargó su ánimo. D. Gabriel estaba densamente pálido; sus ojos, escandecidos por la fiebre, miraban es-

traviadamente á la ventura; y temblaba acaso de desesperacion, quizá de remordimiento.

—¿Qué te pasa, señor? exclamó conolido el escudero.

Déjame solo, contestó rudamente el hidalgo; nada me preguntes... quiero estar solo, ¿lo oyes? solo.

Y arrojando la capa al suelo y quitándose el sombrero, se pasó la mano por la frente como alejando una fiera pesadilla; sacudió los hermosos bucles de su melena, se desabrochó el justillo, sentóse en un sillón al lado de una ancha mesa atestada de libros y manuscritos y reclinó la cabeza sobre las manos.

Ginés le miró tristemente y salió con lentitud de la estancia, murmurando:

—Bien me lo temí... Algo terrible ha acontecido; yo lo sabré.

D. Gabriel pasó una noche de insomnio, de agitacion, de agonía.

La blanda y argentada luz del primer albor matinal sorprendióle en la misma actitud pensativa y acuitada.

VI.

Ginés, entrando en la estancia, distrajo al buen hidalgo de sus melancólicas reflexiones.

—¿Qué es eso? ¿qué hay? dijo con voz airada D. Gabriel.

—Hay un terrible suceso, contestó fríamente Ginés. Anoche han encontrado muerto á hierro en frente de la casa de Doña Esperanza de Cárdenas, á su hermano el noble don Luis.

Al decir esto Ginés fijaba en D. Gabriel una mirada inquisidora.

Gabriel Tellez saltó del sillón como si le hubiera mordido un venenoso áspid.

—¿Cómo! ¿qué dices, Ginés, qué dices?

—Dígame la verdad: duelos, quebrantos y lágrimas ocasiona tal tragedia á Doña Esperanza, y la justicia, y los parientes, y los deudos andan que beben los vientos en demanda del matador.

—¡Oh! ¡maldicion...! La fatalidad me empuja, Satanás me guía... En un momento de arrebató, de obcecación, he dado muerte á un inocente creyéndole mi rival. ¡He vertido sangre! sangre que caerá sobre mi conciencia. ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡Qué he hecho yo para ser tan desdichado!

Y D. Gabriel, con los ojos arrasados de lágrimas, dobló la cabeza sobre el pecho.

Luego continuó:

—Me parece que respiro fuego, fuego que me tortura, que me quema las entrañas, que seca mis labios y aridece mi frente!... ¡Miserable destino! ¡Triste condicion humana! Desdichado corazón donde no se agita nada mas que podredumbre, á veces encubierta con mantos de oro y púrpura... ¡La felicidad! ¡el amor! mentira, ruin mentira. La felicidad no existe en la tierra, creer en ella es quimera, desvarío. ¡El amor!... El amor es el sueño de los ángeles y los ángeles moran en el cielo.

La mirada de D. Gabriel se estravió y sus palabras eran lúgubres y entrecortadas.

—Mi capa y mi sombrero, Ginés... añadió brevemente como si tomara una resolución.

—Hélos aquí, señor.

Momentos despues D. Gabriel se dirijia aceleradamente á casa de Doña Esperanza.

VII.

Mil encontradas ideas asaltaron al buen hidalgo mientras salvaba la distancia que los separaba de la casa de aquella mujer tan querida: mas de una vez faltóle valor y acarició el pensamiento de volverse; pero una fuerza superior, poderosa é instintiva, un grito de su alma, lo empujaba hácia ella, y violentando el paso penetró con altivo talante en la mansion donde residia el idolo de sus soñados amores.

En el zaguán un escudero alto, seco, y de faz enjuta y avinagrada, preguntóle.

—¿Qué se os ofrece, caballero?

—Deseo hablar con Doña Esperanza. Guiadme hasta ella.

—Mi señora Doña Esperanza hoy no podrá recibiros. Una gran desdicha pesa sobre su familia, y se halla apartada en sus aposentos.

D. Gabriel se inmuto y tembló levemente.

—Es necesario, es forzoso que yo la vea... Anunciádselo así.

—Tengo órden de que nadie pase; yo no puedo desobedecer á mi señora.

—Entonces, replicó con altivez el hidalgo, os desobedeceré á vos, y para el caso es igual. Gabriel Tellez avanzó resueltamente.

—Ved lo que haceis, señor caballero; gritó todo hosco y amohinado el ródrión atajándole con hostil ademan el paso.

—¡Eh! ¡apartad!

Y empujándole bruscamente subió con rapidéz la ancha escalera, penetró en una estancia bellamente decorada, y hallóse ante Doña Esperanza.

La dama estaba pálida, llorosa. La infantil pureza que embellecia su peregrino rostro, se ocultaba tras una marcada espresion de despecho y de pena.

Conociase que un dolor profundo, inmenso, pesaba como la fria losa de una tumba, sobre el corazón lastimado de la jóven.

Aquel abatimiento, aquella palidez realzaban su belleza, lejos de disminuirla.

Una manifestacion de estrañeza vagó en sus purpurinos lábios al verlo.

D. Gabriel la contempló tenazmente, como aspirando la fragancia de hermosura y de candor que emanaba de ella, y saludóla con galante cortesania.

—Perdonad, señora, dijo, si osé penetrar hasta aquí; un deber imperioso lo manda. No creais, no, que vengo á molestaros con enojosas pretensiones mias, con inútiles protestas, con sentidas palabras... ayes de mi alma... que para vos nada significan... no, sosedad... Una mision que cumpliré, mision dolorosa, terrible, me hace quebrantar mi juramento, pisando hoy los umbrales de esta casa. Yo no debo ocultaros nada, no puedo guardar en los senos de mi corazón secretos que lo destronan... Si me lo permitís...

—Hablad, os escucho impaciente, contestó la jóven.

—¿Sabeis quién osado, aleve, mató ayer en duelo á vuestro hermano á las puertas de esta morada?

—¡Ah, no!—respondió tristemente doña Esperanza.—¿Algun cobarde asesino!

—El que lidió con D. Luis, frente á frente á buena ley; el que tuvo la desgracia de teñir en sangre su limpio acero, fui yo.

—Vos... ¿Vos, D. Gabriel?... contestó aterrada.

—Escuchad, Doña Esperanza. Mi plática será corta; esta será, lo juro sobre mi honor, la última vez que os hable, y jamás volveréis á verme; acaso borrareis hasta el recuerdo de mi nombre. Oid y perdonadme, si es que vos podeis perdonar á un hombre que tanto ha sufrido y sufre por vos... Yo os he amado, os he amado con locura, con toda la abnegacion, con todo el frenesi de un niño cuando alienta en su pureza los brillantes destellos del primer amor. Vos no habeis correspondido á mi cariño... en buen hora; yo no os culpé por ello; pero he sentido celos, el punzante y fiero aguijón de los celos que se ha revuelto hiriéndome sin piedad en el alma... ¿Conoceis vos, por ventura, el suplicio de los celos?... D. Gonzalo os amaba, y yo envidié á ese hombre preferido, y lo creí el mas afortunado de los mortales, y lo respeté...; pero D. Gonzalo creyó sin duda ver en mí un aborrecido rival y me ha insultado, y ha llevado el insulto hasta el extremo de pregonarlo, y me ha desgarrado sin piedad la fibra mas sagrada, la fibra del honor... Yo, anoche, loco,

sediento de la sangre de ese miserable, le esperé en la calle... la noche era oscura; y la tempestad rugía desencadenada en mi corazón: vi venir uno, creíle D. Gonzalo... le provoqué, le hostigué... y vuestro hermano ha sido víctima de mis celos y de mi furor.... Os juro por Dios que nos oye, que soy inocente de ese crimen, que no abrigaba odio ni rencor contra D. Luis... ¿Me perdonais, Esperanza?

D. Gabriel fijó en ella miradas anhelantes, supremas, indescriptibles.

—Os perdono, sí... contestó sentida y noblemente la dama despues de una corta pausa.

—Marchaos; olvidadme, como olvidariais un sueño de locas, de irrealizables esperanzas; borradme de vuestra memoria, como se borra la niebla que vaga al azar en el espacio, al leve soplo del viento de la alborada... Yo no puedo amaros... hoy menos que nunca... la sombra roja de mi difunto hermano se interpondria entre ambos para separarnos... Idos D. Gabriel... yo rogaré á Dios por vos... Yo os perdono de corazón. Idos.

D. Gabriel estrechó con efusion la pequeña y mórbida mano que le tendia Doña Esperanza: dos lágrimas ardientes, sangre del alma, quemaron al cruzar sus mejillas, y salió pausadamente de la estancia y de la casa.

VIII.

Pasaron seis meses.

Era una noche de primavera; una de esas plácidas noches que dilatan, que arroban el alma en melancólicos y purísimos placeres.

La luz de la luna se reflejaba trémulamente en las cumbres de las montañas, en los valles, y rielaba sobre las claras ondas del Tajo.

En el cementerio de la Merced Calzada, de la imperial ciudad de Toledo, sentado al pié de una alta cruz de piedra, que estendia sus desnudos brazos como cobijando al desbalido, habia un hombre envuelto en un áspero sayal de penitencia.

Su semblante hermoso y grave parecia enflaquecido por los pesares, y la austeridad de la vida monástica.

Aquel novicio era Gabriel Tellez.

Gabriel Tellez que desesperado, secas sus ilusiones, marchitas sus esperanzas, habia renunciado á la estéril magnificencia y vana pompa con que nos brinda el mundo, volviendo su mirada á Dios, manantial inagotable de supremo bien, que atesora bálsamo para todos los infortunios.

En sus hermosos ojos que contemplaban el firmamento tachonado de estrellas, se dibujaba la desesperacion; se traslucia en el intenso brillo de sus negras pupilas un pensamiento indeleble y fatal.

Estaba pálido, muy pálido y muy acongojado.

—¡Dios mío! exclamó, tú que moras en la altura... tú que tienes por pedestal de tu grandeza el mundo y por trono la inmensidad de las esferas.... Tú, consuelo de los que sufren amparo y sostén de los que lloran, no me abandones en mi infortunio.... Aleja de mi pecho esta pasion que lo consume: mi alma atribulada te pide paz, dulzura mi corazón... Señor, no desoigas mis preces, no me hagas apurar el amargo cáliz del dolor... ¡Piedad! piedad de mí.

Y cayendo de rodillas, elevó los ojos arrasados de lágrimas al cielo; cruzó los brazos sobre el pecho, y permaneció en oracion.

Los plateados rayos de la luna bañaban el místico semblante del religioso.

FEDERICO DE SAWA.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuación.)

La primera impresión que sin duda hubo de causarle nuestra llegada fue la de una sorpresa inaudita. Su rostro reveló el mayor asombro, lo cual se tradujo—yo al menos lo creí así—en el absoluto silencio que guardó y en las inquietas miradas con que parecía querer envolvernos. Por lo demás, nosotros no estábamos tampoco tan comunicativos que tuviésemos derecho para exigir mayores muestras de cortesía. Tomás temblaba como un niño asustadizo y yo buscaba en vano la venerable figura del *Ciego de los Valles*.

Nuestro introductor de embajada, que en aquella ocasión lo era el perro *Palomo*, debió conocer la posición embarazosa en que nos había colocado la casualidad convertida en lluvia, y en su consecuencia obró con su instinto maravilloso que hace de la raza canina la más inteligente y diplomática familia de todo el mundo cuadrúpedo. Dominando la situación, como diría un escritor político ensalzando la conducta de algún prohombre, y haciéndose intérprete, por decirlo así, de nuestros sentimientos, acercóse con cierta magestuosa gravedad al atónito adolescente, cuyo silencio me parecía bastante obstinado; luego le puso sobre el pecho ambas patas delanteras, le miró, nos miró con fijeza, y meneando la cola dejó escapar algunos ladridos. Probablemente quiso decirle entonces:

—¡Ea! tontuelo, no pases cuidado: los señores que vienen conmigo son personas de toda mi confianza. Recíbelos con agrado. Los pobrecitos vienen hechos una sopa.

Formalmente hablando ¿quién sabe si fue algo de esto lo que *Palomo* le quiso decir al muchacho? ¿quién sabe si aquel hermoso animal no formuló una súplica en favor nuestro ó quiso dar una lección de benevolencia á su amo?

Lo cierto es que el muchachuelo nos miró entonces con cierta dulzura, y nos hizo un gesto señalando con la mano al escaño donde yo me senté sin más circunloquios, después de haberme quitado el abrigo que llevaba encima del gabán.

—Gracias, le dije.

La llama de la tea se comunicó al mismo tiempo al haz de leña que ardió prontamente iluminando hasta los más oscuros rincones de la dismantelada cocina.

Tomás se había sentado junto á mí en uno de los pequeños bancos de madera. El muchacho volvió á colocar la tea en su sitio y permaneció de pie, inmóvil y silencioso.

—¿Dónde está el buen Pascasio? le pregunté deseando entablar conversacion.

El muchacho siguió guardando silencio.

—No se canse V., me dijo entonces Tomás; ese chico no satisfará ni una sola de sus preguntas.

—¿No es lazarillo del ciego?

—Sí, señor, pero es sordo-mudo de nacimiento y mal podrá contestarle.

Quedé admirado al saberlo, porque me parecía imposible que un hombre sin vista pudiese tomar por guía de sus pasos y por intérprete de sus deseos á un muchacho privado del uso de la palabra. Cuando el mudo quisiera hacerse entender del ciego ¿cómo haría para conseguirlo?

¿Cuál era, pues, la simpatía, el lazo de unión que los ligaba? ¿por qué extraña afinidad se veían asociados aquellos seres inútiles, tan infelices y tan débiles que apenas podrían valer el uno del otro para evitar un peligro cualquiera y atender mutuamente á su propia conservación? ¿Había entre ellos algún paren-

tesco? ¿los ligaba tan solo esa mancomunidad dolorosa que puede hacer brotar dentro de dos ó mas almas, la consideración de un infortunio igual, irremediable y constantemente abrumador?

Misterio era este que ni entonces ni tampoco después pude averiguar.

Palomo, que se había echado á nuestros pies, me sacó de estas importunas cabilosidades á que suelo entregar mi pobre imaginación con más frecuencia de lo que debiera. De repente se irguió sobre sus cuatro patas, fijó sus inteligentes ojos en la puerta y lanzó un aullido de alegría.

El *Ciego de los Valles* acababa de aparecer en el dintel de la puerta y avanzaba despacio hacia nosotros apoyado en su báculo. La luz de la hoguera que ardía en el hogar, hirió de lleno su cuerpo, que la fuerza de los años y de sus desdichas no habían podido encorvar. Su fisonomía me interesó desde luego, sin embargo de que no me era posible hacer de ella todavía un examen riguroso.

A la mitad de la distancia que mediaba entre el hogar y la puerta, se paró de repente y dijo con voz dulce, aunque algo cascada.

—¡Dios sea loado!

—Por siempre, contestó Juan Tomás levantándose y corriendo á su encuentro.

Palomo lo había hecho antes y no cesaba en sus demostraciones de alegría.

—Tú por aquí, Juan Tomás? Volvió á decir el viejo encarándose con mi conductor que le había cogido una mano y se la estrechaba cariñosamente:

—Sí, señor, nos pilló la tempestad en el camino y aunque yo no quería venir...

—¿Tenías miedo de entrar en esta casa?

—Un poco; ya sabe V. que se cuentan de ella cosas tan terribles...

—Es cierto, volvió á decir el ciego con cierta expresión de amargura; las gentes huyen de estos parages de funesta recordación, como si estuviesen infestados y malditos por toda una eternidad. La sombra del crimen no se ha desvanecido porque aun no ha brillado el sol de justicia. ¡Que Dios se apiade del asesino, y perdone á sus víctimas!

(Se continuará.)

UN SUEÑO (4).

Soñaba yo que sentado
Sobre la yerba mullida

Y olorosa,

Me estaba en sitio callado
Bajo una acacia florida

Con mi esposa:

El aura suave se oía
Susurrar en al espesura

Mansamente,

Que grato aroma traía,
Esparcido en la frescura

Del ambiente.

En los árboles coposos
De musgo y de yedra amante

Revestidos,

Los pajarillos gozosos
Revolaban por delante

De sus nidos;

Y un arroyo cristalino
Deslizábase en la arena

Murmurando,

Como obedece al destino
El infeliz, sus pesares

Lamentando.

(1) Interin preparamos un juicio crítico del bello tomo de poesías, titulado *Cantos de un Peregrino*, del distinguido poeta cubano, D. José Luis Alfonso, no queremos privar á nuestros lectores de la poesía que insertamos tomada al azar, llena de elegancia y de delicadísima ternura.

En tanto, el fruto primero
De nuestros blandos amores
Contemplaba,
Que con un manso cordero
Sobre la alfombra de flores
Retozaba.

Llena mi alma de placer,
Feliz gozaba un momento
De alegría
Olvidado al parecer;
Que gusto daba y contento
Cuanto oía.

Mas un ángel refulgente;
A grandes alas ruidosas
Desplegadas,
Bajando ví de repente
De entre nubes vaporosas
Y rosadas.

Al contemplar la belleza
De aquella inocente niña,
Sonrióse,
Y asiéndola con presteza,
Baño de luz la campiña,
Y elevóse.

Un grito entonces oí
De angustia lleno, y preñado
De dolor,
Que en el corazón sentí
Como puñal afilado
Matador;

Y de mi ensueño volviendo
Pavoroso, y respirando
Con anhelo,
Una muger vi gimiendo....
Una madre vi llorando
Sin consuelo.

Vi una cuna do pendía
Blanca corona medrosa
De azahar,
Y hallé el terror do solía
Dulce risa cariñosa
Resonar.

Allí un rostro de candor
Vide pálido, y sin brillo
Su mirada;
Era marchita una flor....
Un cadáver amarillo
Mi hija amada.

JOSÉ LUIS ALFONSO.

SAUDADE (4).

(Traducción de Coelho Lousada.)

Cuando las rosas del amor fenecen,
Virgen bella del muerto tronco nace;
Como nuevos rosales nacen, crecen,
De la simiente de la flor que yace.

Yo vi surgir un día esa doncella
De un jardín; en la frente reclinada
Llevaba una corona blanca y bella
Con virginales flores enlazada.

En la megilla mórbida lucía
Linda perla de vivo resplandor;
Como en los lirios, al nacer del día
Brilla el rocío, que les dá vigor.

Sus ojos eran tristes; mas, ¡tan bellos!
¡Había en su mirar tal languidez...!
El negro los pintó de sus cabellos;
De pálida azucena era la tez.

(1) Este es el nombre con que se designa un género de composiciones literarias, propio y peculiar de la literatura portuguesa y del cual no hay en la literatura de ningún pueblo exacta equivalencia. Cuanto mas podriase decir que se parece á la *Elegía*.

La palabra *Saudade*, en sí misma tiene una significación, cuya voz equivalente también falta en castellano. Sin embargo, atendiendo á que es corrupción de la palabra *Soidade*, que se deriva de *Soidam* (soledad) puede traducirse algunas veces por ésta; pero mas propiamente indica la idea compleja de *pena y dolor tiernísimo del bien ausente*, significación, que según algún erudito escritor lusitano, no se ajusta en una sola palabra á ninguna otra lengua.

En la última cuarteta de los presentes versos se ha traducido dicha palabra por la de *RECUERDO*.



ABNEGACION.

Con la diestra en el pecho comprimía
Una rosa marchita (¡triste flor!)
Cual de un pesar cautivo, no sentía
Su seno de las pinchas el dolor.

Llevaba un manto de color de nieve,
Aromas exhalaba su capúz,
Su frente circundábala una leve
Divina auréola de anillada luz.

¡Yo la ví! Desde entonces en mi alma
Siento por ella extraño y vivo amor:
Yo le admiré su triste y muda calma
Y la amé con pesar y con ardor....

Cuando en tiernos abrazos, dulcemente,
Caricias loco le prodigo finas,
En su éxtasis profundo también siente
Mi pobre corazón duras espinas.

¡Su beso tiene hiel...! ¡mas lo amo tanto...!
Hay mil placeres aun en su amargor,
Y, presa de un fatal, mas dulce encanto,
En vano intento huir.... falta el valor!

Me reclino en sus brazos estasiado
De noche en el silencio mas profundo;
Dice en secreto ideas á mi lado
En medio del rumor que mueve el mundo.

Cuando duermo, de noche, con misterio
Viene un beso á imprimir sobre mi frente,
Del pasado á llevarme al mudo imperio,
Sin cuidados de nuevo amor presente.

Y de la mano, hendiendo el firmamento,
Al lado de la imagen bien querida,
Me conduce abrazado y hace asiento
Al pie de la que muerta le dió vida.

EL RECUERDO es la Virgen, que parece,
Que del placer perdido y muerto nace,
Como nuevo rosal que brota y crece
De la simiente de la flor que yace.

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

EL PERRO Y EL NIÑO.

Abnegacion y Fidelidad,

Pensaba empezar diciéndoos que iba á contaros una historia; pero no es una historia en verdad la relacion sencilla que me hizo un pastor del Pirineo de un suceso que la mayor parte de los presentes oían con indiferencia. Ya se ve: se trataba de un niño y de un perro... ¿Qué hombre pára la atención en semejantes fruslerías?

Y sin embargo, aquella historia me hizo derramar lágrimas de gratitud, sí, de gratitud hácia una de las mas nobles creaciones del Ser



FIDELIDAD.

Supremo, y aunque yo nunca he maltratado á los animales, como otros hombres, desde entonces profesé á los perros una particular simpatía. Aunque no conocí al héroe de este suceso, el pastor me llevó al sitio donde estaba enterrado, y allí, por sus palabras y sus pintorescas descripciones me formé tan perfectamente la idea de la figura del fiel Bayona, que tracé con lápiz en mi álbum de viaje los dos dibujos que veis, y el pastor los aplaudió como un loco.

Eran toda la historia que acababa de contarme; la misma que voy á contaros.

Siendo niño el pastor, su madre, pobre, que era del Pirineo oriental, que vivía del sabroso fruto de dos docenas de cabras que su marido llevaba todos los días á buscar yerba por aquellos vericuetos, bajábale por las tardes á un vallecito no lejos de su choza, donde á orillas de un venero se reunían á la puesta del sol con el cansado padre y las baladoras cabras. Inútil es decir que el pastor tenía un perro llamado Bayona, un hermoso perro blanco y negro, lanudo como un león, tanto que mas de una vez sus orejas sirvieron al niño de almohada.

Una tarde la quesera tenía mucho sueño. Reclinóse en el valle y cerró los ojos, mientras su hijo saltaba una y otra vez el venero de uno á otro lado. Iba desnudo como suelen los hijos de los pastores, y gozábale sin duda en la impresión que en sus tostadas piernas producían los salpicones del agua.

Aunque esperaba la quesera á su marido con impaciencia por haberse ya puesto el sol, apenas el sueño permitía abrir los ojos de cuando en cuando para cercionarse de que el niño no se apartaba de allí.

Una vez vió á Bayona bajar á todo escape de la sierra; pero el pastor no se divisaba todavía.

—Se ha adelantado á su amo como otras veces, dijo, y mas tranquila cerró los ojos.

Pero tuvo un sueño horrible. Debí ser sueño, sí. Su hijo había sido atacado por una enorme culebra y Bayona lo defendía.

La pobre muger quiso gritar; pero indudablemente aquello era un sueño porque no pudo. En sueños cuando queremos gritar la lengua se dobla; cuando queremos correr, las piernas se caen.

Y sin embargo, se oía un rumor como de latigazos y lamentos de perro, y gritos sordos de la pobre criatura...

La muger abría y cerraba los ojos instantáneamente. Al abrirlos creía que soñaba; al cerrarlos se hacía la ilusión de que todo era un sueño.

Al fin despertó. Aquello era despertar. Bayona estaba á su lado jadeante, convulso, con

un palmo de lengua fuera de la boca; y el niño montado en el perro le acariciaba y besaba como á su mejor amigo.

La quesera dió un grito. Bayona tenía aun medio enroscada la serpiente en sus patas.

Ya le había mordido.

El triste perro aulló tres veces, y cuando bajó el pastor al valle ya no podía sostener al niño sobre su espalda.

Aquel niño es hoy pastor del Pirineo, y todavía flora cuando pasa con sus cabras por aquel sitio donde enterraron sus afligidos padres á Bayona.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.



PUNTOS DE SUSCRICION.

En Valencia, Administracion del periódico, imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, núm. 3; en el centro general de suscripciones de Don Manuel Carboneres, plaza de la Constitucion; y librería de D. Juan Mariana, Hierros de la Lonja.

En Madrid, Sres. D. Carlos Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe D. Alfonso; Durán, Carrera de San Gerónimo, y Guijarro, Preciados, 5.

En las demás provincias en todas las principales librerías.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.